

Lucía Gevert: "El Puma"

Por HERNAN DEL SOLAR

Se inicia el libro con un alegre descubrimiento. Es de noche. Van cuando todos los ruidos. La autora siente como se ha ido el día y ya están las sombras invadiendo las cosas. De repente, algo extraño pasa. Una fuerza inesperada invade el cuarto, el mundo, el pensamiento de la mujer, que no se mueve, y está sujeta a aquello que ocurre tan de súbito y en encrucijo de una dicha muy íntima. Todo está igual, nada ha cambiado, al parecer, y sin embargo la vida sobre un paisaje nuevo, se entra por el comedor que ninguno iguala, se está delante de un sincrónico de seres que se le entregan, no se ocultan sus secretos ni mucho menos su esperanza de que los reciba y haga suyo.

La escritora ha comprendido que no se trata de un sueño. Todos estos seres son personajes que se ponen a su servicio. De ella dependerá que vivan y tengan un destino. Sólo bastará quererlos, sentirlos, comprenderlos claramente, identificarse con ellos de manera que autor y personaje no sean sino uno solo.

Esta identificación ha sido lo tan intensa que de inmediato se recuerda el caso de Flaubert. "Mis personajes imaginarios adoptan mi forma —le escribe a Taine en una carta—, me persiguen o, por mejor decirlo, soy yo quien está en ellos. Cuando escribí el envejecimiento de Emma Bovary, tuve en la boca el sabor del arsenico con tanta intensidad, me sentí yo mismo tan auténticamente venenoso, que tuve dos indigestiones, una tras otra, dos verdaderas indigestiones, que llegaron a hacerme vomitar toda la cena". No se trata, ciertamente, de un estado de alucinación. Es una visión poética, una actividad creadora que le da un vuelo a la vida para beneficio del escritor, que empieza a conocerse en profundidad a cada nueva aparición de personaje que viene a pedirle que de su vida de autor le entregue la porción necesaria para vivir realmente su existencia imaginaria de este novelaço.

El descubrimiento de Lucía Gevert, a la entrada de su libro, ha sido esta posibilidad de identificación. De este modo se adquiere y fortifica la facultad no sólo de imaginar lugares, personas y cosas sino de intuirlos, el aliento vital que nos resulta indispensable, a nosotros los lectores, para que nos encontremos entre ellos y con ellos tan naturalmente como en la vida cotidiana. Dicho sea de sentirse multiplicada, confiesa con buena conciencia de autora que va a escribir un libro: "Una básmaventurante me invita paulatinamente. Es poder comprender, de súbito, lo que otros piensan, lo que sienten y por qué actúan en determinados momentos de determinadas personas. Puedo ser Pedro o Cecilia; estar en una tormenta o persiguiendo a un peligroso asesino; puedo ser Pablo o don Onís; casador de nupcias o de avarcutes, puedo percibir proble-

mas intercambios de algún muchacho desorientado o viajar acompañando a unas jóvenes por los desiertos mortinos; puedo ir a la playa o a la cordillera, ser campesino o avador; en fin, puedo pertenecer en poco a todo la humanidad".

Las palabras son justas. Ahora bien: esta fascinante obsesión, esta omnisciencia muy lucida no se conquistan de la noche a la mañana por un acto de fuerte voluntad. Una imaginación descorbatadamente optimista no consigue realizar tan apetecible milagro. Un escritor, para ser ubicuo y omnisciente de manera que sea conveniente a todos, necesita un atento, latintarrumpido aprendizaje. Ha de vivir tratando de cuestionar y de conocer a los otros. Seguramente es la más difícil de las ciencias. Una fuerte vocación literaria predisponer a una generosa eresia de tales conocimientos. Lucía Gevert al descubrirse capacitada para las más abundantes y disímiles identificaciones, se saludaba gozosamente el con literario, la fuerza para crear mundos posibles, el amor —que se lleva en la sangre— de contar cuentos.

En este libro se relatan sobriamente quince historias. En cada una de ellas hay una esencia perfectamente definible: la de la frase vacía, la del adorno que busca relampagueante efecto, la de la retórica estentóea. Y hay, en cada una, sin excepción, una presencia celebrada: la observación precisa de personas de toda edad y condición —niños, especialmente—, la descripción breve, recta, de paisajes incalculablemente chulos, y el desarrollo bien medido de los hechos. En ningún instante hace agiles cabriolas la fantasía. Lucía Gevert la tiene dominada. Lo que se ha propuesto es realizar algunos cuentos que si ya no han sucedido en la vida real, en cualquier momento pueden suceder. El resultado es evidente. Todo converge a un mismo propósito: dar voz auténtica a hombres, mujeres y niños que habitan en nuestros campos y en ellos encuestan cuento los resultados indispensables para buenos y malos sueños, lúdicas esperanzas, carídos, amores, sufrimientos, sensaciones que dejan una huella, emociones que nutren días y noches de pensar a solas. Uno de los cuentos, "El puma", que da título al volumen —muy bien ilustrado, por lo demás por Palauetos, uno de los buenos ilustradores de Zeta-Zeta— así hecho cum la mesura, la proporción y el interés a que siempre tendieron nuestros mejores críticos. Lucía Gevert, con esta obra que, seguramente, no pretende sino entretener —lo cual consigue de manera cabal, pues está destinada a gustar a chicos y a grandes— avanza por nuestra literatura femenina con además tan alegre y confiado que, merecidamente, no podemos sino desechar que la asañan en un lugar grato, visible, protegido de maus vientos.

Lucía Gevert, "el puma" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lucía Gevert, "el puma" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)